

OPINIÓN

BUSINESS
LIFE

El miserable asunto del
smart casual

Lord Nicholas Stern y Lord Adair Turner son dos de los pensadores más serios del mundo en política de cambio climático. Pero cuando los dos lóres británicos se toparon hace unos días en la conferencia climática de la ONU COP30 en la tropical ciudad brasileña de Belém, tenían otro asunto del cual hablar. “¿Por qué estás usando esa chaqueta?”, preguntó un Turner en mangas de camisa cuando un Stern trajeado se abría paso hacia el húmedo interior del pabellón de la delegación del Reino Unido, donde ambos participarían en eventos consecutivos. Era una pregunta razonable. Las temperaturas en partes del recinto, con aire acondicionado irregular, habían subido a tal punto que la ONU dijo a los organizadores brasileños que se requería acción “con urgencia para salvaguardar el bienestar de los delegados”. Una reunión sobre mercados de carbono se vio interrumpida cuando un sudoroso delegado que intentaba levantarse de su silla plástica descubrió que la parte posterior de sus muslos había quedado soldada al asiento con lo que un periodista presente describió como “la fuerza de mil asientos de auto después de la playa”. En un ruidoso tirón para liberarse, los papeles del delegado salieron volando, mientras que otros que intentaron dejar sus asientos pegajosos hicieron tal alboroto que el presidente de la sesión pidió incluir fundas para las sillas en futuras reuniones. En cierta medida, esto era parte del plan. El presidente de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, insistió en que una conferencia al borde de la selva amazónica mostraría al mundo cómo es la vida en un planeta que se calienta. En línea con esta idea, el Gobierno de Lula emitió una recomendación oficial diciendo que la vestimenta formal de negocios no era necesaria y que “para asegurar la comodidad de todos, el código de vestimenta recomendado para la COP30 es smart casual”. Por desgracia, esto resultó menos útil de lo previsto. Stern



FT
FINANCIAL
TIMES
PILITA
CLARK

fue uno de varios asistentes que llegaron con traje, en su caso uno de lino azul marino de M&S, a un evento para discutir su nuevo libro sobre clima, The Growth Story of the 21st Century. Reconoció que el calor agobiante debilitaba el caso para esa elección de vestuario, pero, como me dijo después, cuando se trata de smart casual, “nunca sé qué significa”. Esto fue una novedad para mí. Sabía que para las mujeres, la idea de smart casual, o el igualmente confuso business casual, está tan poco definida que es prácticamente inútil. Pero siempre había supuesto que ayudaba a los hombres, ya que al menos sugería que no había necesidad de corbata, un accesorio del que Lula prescindió alegremente al comenzar la COP. Resultó que las corbatas eran el menor de los problemas para los hombres en Belém, donde las temperaturas sobre los 30° C planteaban varios peligros sartoriales, empezando por los botones de la camisa.

“El Gobierno de Lula emitió una recomendación oficial: ‘Para asegurar la comodidad de todos, el código de vestimenta recomendado para la COP30 es smart casual’. Esto resultó menos útil de lo previsto”.

André Corrêa do Lago, el pulido diplomático brasileño que preside las conversaciones de la COP, y Wopke Hoekstra, el comisionado climático neerlandés de la Unión Europea, interpretaron smart casual como que se podían desabotonar no solo uno sino dos botones superiores de la camisa. Esto me pareció totalmente sensato, pero dejó a otros visiblemente consternados. “O sea, puedes ver pelo real del pecho”, dijo un participante. Supongo que reacciones como esa explican el enojoso asunto de la chaqueta, una prenda que Turner considera un ilógico “tótem de respetabilidad”, incluso en climas más frescos. Los hombres parten a reuniones con una chaqueta que los hace tener demasiado calor, me dijo, así que se la sacan y la cargan hasta que pueden colgarla en el respaldo de una silla, donde queda hasta que es hora de irse. “Es absurdo”. Personalmente, siempre he envidiado la forma en que un hombre puede usar una chaqueta como una cartera móvil, metiendo en sus bolsillos la billetera, el teléfono y las llaves. Pero en un lugar como Belém, la chaqueta no tenía ningún sentido. Aun así, las cosas han sido peores en estas conferencias. Aunque el estado general de la vestimenta en la COP suele inclinarse más hacia lo casual que hacia lo smart, hay límites. Hace algunos años, en una COP en Polonia, un asesor de los delegados de países en desarrollo arremetió contra negociadores de Australia, entonces liderada por el primer ministro Tony Abbott, un crítico de la acción climática decidida. El asesor dijo que los australianos no solo estaban siendo innecesariamente obstinados en las conversaciones, sino que además se reían, eran insensibles y “llevaban poleras”. Puede que se hayan adelantado a su tiempo. En la sofocante Belém de esta semana, una polera era el colmo del sentido común. Fresca, liviana y, notablemente, capaz de cubrir el tipo más indomable de vello en el pecho.

PILITA CLARK ES EDITORA ASOCIADA Y COLUMNISTA DE NEGOCIOS EN FINANCIAL TIMES. ESCRIBE UNA COLUMNA SEMANAL SOBRE VIDA CORPORATIVA MODERNA, ADÉMÁS DE REPORTAJES Y OTROS ARTÍCULOS. HA TRABAJADO WEN FT DESDE 2003 Y PREVIAMENTE FUE CORRESPONSAL EN WASHINGTON PARA MEDIOS AUSTRALIANOS. FUE RECONOCIDA CON LA BECA NIEMAN DE PERIODISMO PARA ESTUDIAR EN LA UNIVERSIDAD DE HARVARD, EN EEUU.

LA COLUMNA DE...

Cuentas más claras en empleo

La segunda vuelta presidencial nos deja con dos programas entre los que elegir. Si bien ambos candidatos esperan generar crecimiento económico y empleo, los mecanismos que usarían son distintos. El programa de José Antonio Kast tiene cuatro medidas en su sección de empleo: cambiar la indemnización laboral, aumentar la flexibilidad laboral, cambios en la normativa y dirección de trabajo y terminar con el “préstamo estatal” establecido en la reforma de pensiones. Jeannette Jara cuenta con siete medidas para creación de empleo y siete para la mejora de las condiciones laborales. Las primeras incluyen la creación de una agencia nacional de empleo que coordine capacitación, certificación e intermediación laboral, y el fortalecimiento del cuidado. Las segundas incluyen la negociación multinivel y limitación del subcontrato. Al mismo tiempo, se considera un ingreso vital de \$ 750.000, que se realizaría con un aumento del salario mínimo y subsidios a empresas y los trabajadores. En el caso del primer candidato, las propuestas buscan flexibilizar la contratación. Las medidas apuntan en su conjunto a que esta flexibilidad, en conjunto con el crecimiento económico, generen un aumento del empleo formal. Esta aproximación supone que la oferta de trabajo puede responder, y que no es necesaria la intervención del Estado. Por



CLAUDIA MARTÍNEZ
DIRECTORA INSTITUTO DE
ECONOMÍA DE LA UC

“Ninguno de los candidatos establece una meta de creación de empleo en su administración. Aunque empleo en la mayor parte se genera en el sector privado, el Estado establece regulaciones, contextos y puede impulsar o no el crecimiento”.

otro lado, las propuestas de la candidata tienen otro modelo de mercado del trabajo, en el que el rol del Estado es activo. Sus medidas van en distintas direcciones: buscarían mejorar la productividad, eliminar desigualdades, aumentar salarios y aumentar el poder de negociación de los trabajadores. Un aumento de la productividad puede generar empleo, un aumento de los costos laborales puede disminuirlo. El efecto neto es ambiguo en teoría, sin embargo, la evidencia en el caso de Chile apunta a que los aumentos de los costos laborales en los años recientes han generado disminución en el empleo formal. Por otro lado, dado que la candidata también espera aumentar el crecimiento, se entiende que se espera que este crecimiento aumente el empleo. En el trimestre Agosto-Octubre, la tasa de desempleo fue de 8,4% y hay 866 mil desocupados. La tasa de participación laboral aún está bajo el nivel pre pandemia, La tasa de empleo femenina por fin está bajo el 9%, pero con una cifra de 8,8% está aún alrededor un punto porcentual sobre los niveles pre-estallido. El efecto de esta alta tasa en la pobreza lo conoceremos en enero con la publicación de los resultados de la encuesta Casen, pero es de esperar que este alto desempleo contribuya directamente a la disminución de ingresos de los hogares vulnerables. En este contexto, extraña que ambos programas

no cuenten con metas de empleo en sus programas de Gobierno. Si bien el candidato Kast establece una meta de crecimiento del 4%, ninguno de los candidatos establece una meta de creación de empleo en su administración. Aunque empleo en la mayor parte se genera en el sector privado, el Estado establece regulaciones, contextos y puede impulsar o no el crecimiento. En este sentido, establecer metas en empleo puede generar una hoja de ruta que facilite el cumplimiento de la meta. Al mismo tiempo, puede permitir al elector diferenciar las propuestas de los candidatos, y a los especialistas, discutir sobre los supuestos que están detrás de estas estimaciones. Por ejemplo, es clave saber cuál es la elasticidad empleo-producto que las candidaturas están considerando, y cómo estas se pueden ver afectadas por las medidas complementarias establecidas en los programas, así como cómo incorporan el efecto de la inteligencia artificial en las distintas ocupaciones. Asimismo, discutir sobre los efectos de los aumentos de los costos laborales, y el efecto en los salarios y en pobreza también es de primer orden. Finalmente, establecer una meta permite generar accountability sobre los resultados de quién resulte electo. Dados los malos resultados en desempleo que muestra el país, sorprende la ausencia de metas de las candidaturas en esta área.